

# **PSICOSIS ESCRITA Y PSICOSIS RECLUIDA**

## **NUEVOS PLANTEAMIENTOS SOBRE EL TEMA DE LO PSICOPATOLÓGICO**

Por: Joel Otero Alvarez

### **PRIMERA PARTE**

#### **LA OFERTA CLÍNICO-ESTÉTICA**

##### **Antecedentes**

Más acá del ya largo despliegue que viene siendo la reflexión sobre clínica de lo social, este escrito sucede a dos trabajos (“Los soles nocturnos” y “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto”) armando por ello una suerte de tríptico, si es dable apelarle así.

Enlazados e independientes según se miren, cada uno de estos textos aspira por ello a una relativa autonomía y podría seguramente aislárselos y leérselos por separado.

De hecho, no habría de ser igual si en cambio el abordaje incluyera como indispensables los tres momentos. Entonces cabría observarse cómo, al menos desde el registro más teórico, este nuevo documento explora de un modo más directo las complejas opciones de un intento de aplicación, sólo que aún seguiría siendo ésta más teórica que práctica.

De otra parte y en este mismo orden de ideas, no podría negarse una segunda ruta que aspira a la concreción aplicativa de la oferta clínico-estética en contraposición con el tradicional rastreo casuístico que acostumbran las clínicas psicológicas, psiquiátricas y psicoanalíticas.

Por pura paradoja el apuntalamiento en referencia con un tema paradigmático (el caso Schreber) inicia aquí una sucesión de abordajes que dan al documento una mayor extensión de cuanto aconteciera a los anteriores. Casi que por sólo esto podría creerse que su fragmentación no acarrearía inevitable deslinde.

Lo cierto es que antes de cerrar una labor -a estas alturas ya más que dilatada en el tiempo- este más reciente escrito clínico de lo social abre a la opción de una retrospectiva renovadora y propone a futuro, ampliaciones de mira que buscan intentar remontamientos de la ya vigorosa escisión teórico-aplicativa que invade el universo de lo clínico.

Resulta claro que la tradicional ruta clínica -por más inconveniente que pudiera parecer- no está impedida por ello para prolongar de modo indefinido su despliegue y se podría por tanto seguir implementándola sin mayor obstáculo, qué duda cabe. Sólo que entonces se estaría aportando también al apuntalamiento del síntoma global y a la creciente impotencia frente al reto que plantean las actuales alternativas desde las cuales se afianza el malestar.

A pesar de que tal insistencia nunca resulte excesiva, no se desea abandonar en estos escritos la condición de suplemento. Impone una vez más, el reconocimiento según el cual la aspiración aquí no es de suplencia tajante frente a los tradicionales aportes clínicos, en mucho certeros y -así insuficientes- válidos en su momento, aunque urgidos de nuevos apuntalamientos y actualizaciones ahora que los modelos humanos, urbanos y sociales han modificado de tan contundente manera sus emergencias.

Nadie como Schreber para ilustrar ambas circunstancias, pues si bien resulta insuperable desde su lugar patológico, ninguno como él para anunciar e ilustrar -aún siendo desde lejos- el desborde colectivo contemporáneo. De hecho, en ese punto su aporte -si se convalida este criterio- no se ha agotado, antes bien parece fortificarse a cada paso del más imprevisible y consolidado de los modos.

La “pedagogía clínica” de Schreber no tiene en efecto parangón y sigue de modo inagotable enseñando a quién sepa recuperar su testimonio.

Por supuesto, este escrito aspira a ser una prueba más de ello.

## **Introducción**

UNO. Desde un principio la propuesta clínica de lo social señaló que la emergencia y predominio de las drogadicciones alteraba de modo decisivo e irreversible el mapa tradicional de las enfermedades mentales, modelo en el cual de manera extraña, terca y sintomática, coinciden la psiquiatría y el psicoanálisis (para mencionar apenas las más rigurosas ofertas entre las clínicas de lo mental).

El enlace de las drogadicciones con el tema del terrorismo resulta decisivo para develar las claves más constitutivas de este peculiar despliegue mórbido<sup>1</sup>.

No fueron los recursos habituales que decidían cualquier comportamiento humano como inconveniente, anormal o patógeno, los que permitieron iluminar las cosas. Por el contrario, sostener las demarcaciones que propician las distinciones de lo psicótico, lo perverso, lo neurótico y lo normal, resultaba más bien interferente a partir de estas re-ubicaciones.

Sin embargo, sólo señalar esta circunstancia -por más decisiva que parezca- no desaparece tales habituales modalidades de desarreglo psíquico, aunque tampoco se puede decir que estos nuevos señalamientos no les afecte.

Si se insiste en recomponer el decorado -tal cual una indispensable actualización de los asuntos hace inevitable- se verá cómo el abordaje de las resultantes mórbidas se queda corto cuando se insiste en mantener de manera rígida y escueta esos recursos nominales, y la tradicional concepción de conjunto que los decide como únicas posibles claves interpretativas (haciendo en cambio caso omiso a las significativas alteraciones del envolvente modelo social contemporáneo).

Lo cierto es que habría de priorizarse este colectivo registro que incluye las nuevas modalidades de psico-patología, y mirarlo todo más bien a partir de ahí.

De una forma u otra, así como sin el terrorismo las drogadicciones se cierran a toda exploración e intento correctivo, también las resultantes que generan lo neurótico, lo psicótico, lo perverso y lo normal mismo, imponen actualizados rastreos que se esfuercen por dar cuenta de sus indiscutibles alteraciones expresivas.

DOS. Asumiendo tales reconocimientos, la clínica de lo social ha desplegado un recorrido que hasta ahora, en lo fundamental, ha logrado apuntalamientos conceptuales antes que ofertas concretas de aplicación.

A pesar de ello, muchas cuestiones en referencia con lo psico-patológico<sup>2</sup> están señaladas a su modo a través del conjunto de esa reflexión (y no ha de faltar algún escrito propio que haga directa referencia al asunto).

En realidad, a falta de uno se trata de dos abordajes que intentan de un modo directo y predominante innegables apuntalamientos de base.<sup>3</sup>

En el primer documento se oferta una cuadratura incluyente de las nuevas modalidades de lo mórbido: el virus, el doble, el virus-doble y el doble-virus.

En “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto”<sup>4</sup> se aborda -asumiendo lo psíquico como la construcción tecnológica de condición más fina e intengible- una nueva reflexión a propósito de éste (doble-virus), en cuanto entendido como escenificación inagotable, juego

---

<sup>1</sup> A nivel inicial, para la clínica de lo social las drogadicciones son entendidas como verdaderas implosiones, como estallidos internos que arman vigoroso vínculo, en proporción directa con el empobrecimiento de los sociales modelos relacionales.

<sup>2</sup> Deberá reconocerse que en esta propuesta clínico-estética, lo psicopatológico no está aún asumido en el marco de un abordaje donde lo estético resulte presente de manera envolvente. Por supuesto, si se alude a lo mórbido en general tampoco acontece algo así. Este es pues un asunto pendiente, sólo asumible luego de obligatorias y arduas puntualizaciones.

<sup>3</sup> Cf. Otero, J. “Prolegómenos al tema de lo psicopatológico desde la perspectiva de la clínica de lo social”. Revista CIENCIAS HUMANAS. U. S. B. Vol. 6 # 1. Cali, Enero-Junio de 2003.

Cf. Otero, J. “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto”. (2006. Inédito).

<sup>4</sup> En este segundo texto se retoman estas demarcaciones, se ofrecen nuevos desarrollos y se incluyen dos registros más: el virus desdoblado y el doble global impedido.

diverso y complejo de personajes tras la fachada unificante que pretende ser la persona (en realidad, apariencia decisiva consolidada como producto y creación para y desde lo social). En conjunto se ha incluido en las nuevas resultantes de lo psíquico la marca de lo tecnológico y de lo terrorista, tanto como la singularidad bloqueada. Y más allá de ello, lo singular -que como consecuencia emergente de allí- desde lo humano estalla.

TRES. Lo psíquico es armado máquico para la perspectiva de lo tecnológico, lo cual significa que el psiquismo es -a pesar de impalpable- artefacto indispensable a cada individuo humano, tanto o más de cuanto resultan serlo los diversos aditamentos tecnológicos, cada vez más necesarios para sus despliegues: vestuarios, relojes, lentes, vivienda, autos, computadores, celulares, televisores, lenguaje, burocracia, estabilizaciones varias del consumo, medios de comunicación, cultos y celebraciones, espectáculos, libros y escrituras, máquinas y fábricas. En fin, todo el conglomerado tangible e intangible que desde la obra humana arma Ciudad envolvente, completa y obligado suplemento psíquico, congestionando así lo humano mismo.

Pero, desde la perspectiva de lo terrorista, lo psíquico es a su vez bomba de realidad suplementaria que no sólo resulta signada por la reclusión que toda bomba como tal comporta, sino que está destinada a estallar de uno u otro modo.

CUATRO. En todo ello conviene incluir la instancia de masa que Freud dejara pendiente en su texto “Psicología de masas y análisis del Yo”,<sup>5</sup> que nunca explicitara y/o precisara de modo definitivo (y, hasta donde se sabe, ningún otro psicoanalista después de él).

Se trata del registro invasor por donde cada quien se ata al colectivo y que dispara la prelación de lo vincular sobre lo relacional (o que al menos, decide a esta última dimensión en franca subordinación a la primera).

En realidad, el ser humano fue de entrada masa, y sólo de manera tardía el modelo de psiquismos individualizados empezó a demarcarse y a imperar. Sin ser ello de modo literal, lo cierto es que esta clave de horda ha recuperado su lugar, de forma paradójica potencializada por los actuales despliegues de lo tecnológico y de lo terrorista.

Ahora bien, no ha de ser necesario el paso por la multitud -como supuso Freud- para que el armado de masa haga irrupción metamórfica en el psiquismo de los seres humanos. Basta con el ensamble máquico para que ese efecto se realice, así se esté solo en la intimidad hogareña o apenas de modo desprevenido andando por ahí.<sup>6</sup>

CINCO. Esta duplicidad de lo psíquico -vista a la luz de los destinos de lo mórbido- se juega entre los polos del virus y del doble. El virus -desde que lo terrorista hace sombra detrás de la supuesta luminosidad del despliegue de lo tecnológico-, el doble, a partir de la exacerbación de la condición virtual -la cual no sólo incluye los espejos- crece desde las más sofisticadas formas de lo tecnológico, en tanto estas últimas comportan e incrementan ese específico sentido (lo virtual que apuntala la clave de ficción, substracto indispensable

---

<sup>5</sup> Cf. Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.

<sup>6</sup> Resulta curioso que la oferta doble de “asociación libre” y “atención libremente flotante” que decide la especificidad clínica de la propuesta psicoanalítica -sin decirlo, y por supuesto sin saberlo- acentúa y resalta esta clave, a partir de entonces y por todo ello predominante. Digamos que se trata del inconsciente que envuelve a la pareja terapéutica, que la decide y la incluye en irrupciones como la transferencia (transferencia más bien reconocida a nivel empírico y explotada con eficacia antes que -en realidad- explicada).

en el armado de toda realidad y al tiempo refutación del empirismo con el cual habitualmente se la asume).

Para la perspectiva de lo psíquico esta especularidad<sup>7</sup> no puede dejar de resultar decisiva, dado que el psiquismo es de entrada el retrato de una operación virtual por donde el individuo humano empieza a consolidar sus aspiraciones autonómicas, siempre restringidas, mediadas por refuerzos de suplemento.

Desde el virus se da paso a la consolidación de un modelo vincular y relacional donde progresa el tono terrorista, lo cual conduce a masificaciones de lo social y a estallidos -colectivos o grupales- tan imprevisibles como arbitrarios, y a nivel de modelos más puntuales, a emergencias cada vez más frecuentes y variadas de cuanto en su momento la clínica de lo social apelara los micro-acontecimientos terroristas. En fin, tono explosionante e implosivo que califica la atmósfera de lo urbano y propicia el acontecer terrorista calificando de manera indistinta, sin excepción, a personas, parejas, grupos y colectivos.

Pero la contaminación y mezcla entre los señalados polos del virus y el doble resulta inevitable.

Esta condición ha sido recogida por la reflexión clínica de lo social, a partir de una nueva pareja de registros contrapuestos: el virus-doble y el doble-virus y -aún más acá- el modelo del virus desdoblado (donde el entronque aparece tanto más taponado sin que por ello resulte menos significativo, pues es allí donde el capitalismo se incluye y globaliza las resultantes de todo orden, incluidas por supuesto las psíquicas: registro de lo reconocido como ideológico) e incluso, el doble global impedido (que delata la ausencia de referente especular para el nivel más envolvente que rige al colectivo).<sup>8</sup>

SEIS. La primera gran contaminación señalada, en el entronque entre el virus y el doble (el virus-doble) asume la creciente virtualización del modelo, en confluencia con el progresivo dominio de lo masificante, por ende de la incrementada importancia de la instancia de masa en el armado del artefacto psíquico. Modelos masivos de indiferencia o de agonía, de muerte colectiva -incorporada como opción cada vez más factible de estallidos imprevisibles o de sometimientos esclavizantes- delatan todos ellos la forma del virus-doble, que repone la clave dominante del terror en la apropiación -y, sobre todo, en la desapropiación- humana de lo externo, y -como por añadidura- de la interioridad extrañada de modo progresivo (no por nada reconocida como armazón defensiva).

Pero también las drogadicciones -y con ellas los más diversos modelos del consumo- sumando los extremos mórbidos de las bulimias y las anorexias, aportes del cuerpo en tanto soporte adictivo para el malestar psíquico (y en cuanto calificado éste a nivel masivo). Para no hablar de las nuevas enfermedades terminales, y de las variadas alternativas de las pestes contemporáneas, presentes en el cuadro de la resultante de conjunto. Anexadas también, las religiones alternativas y los modelos fundamentalistas (de hecho, no sólo religiosos). O sea, el malestar de conjunto que se quiere incluido en el mapa de lo mórbido, más allá de distinciones elementales que pretendieran armar contundentes, insostenibles y redondas demarcaciones entre resultantes, de una parte, reconocidas como normales y anormales, de otra.

---

<sup>7</sup> Cf. Lacan, J. "Escritos". Siglo XXI, Ed. México, 1975.

<sup>8</sup> Cf. Otero, J. "Lo máquico o de lo psíquico como artefacto" (inédito)

SIETE. El segundo modelo contaminante (doble-virus) se inserta en el registro de los personajes quesubtiende en el decorado social que desde la persona se impone a cada quien. Aunque es más visible a nivel del despliegue de lo onírico, comporta versiones que desde lo social tornan indispensables, y sin embargo apenas perceptibles y reconocidas (tema explorado con bastante detalle en el segundo anunciado trabajo a propósito de lo máquico).<sup>9</sup> Aporte de ficción -a veces asfixiante- frente al manejo cada vez más complejo y restrictivo de la realidad imperante, el doble-virus redondea su predominio en la incorporación del personaje terrorista que cada quien encarna (a pesar de todos los empeños por hacer negación de esta circunstancia insuperable).

A partir de entonces acontece todo a su manera, así sólo de modo excepcional el personaje terrorista emerja redonda, literalmente (mientras que en el registro de lo social hace más fácil y visible irrupción por rutas que le sobredeterminan y readecúan).

10

De hecho, no se trata de una sólo posibilidad de despliegue. Lo cierto es que, a la luz de estas dimensiones que hacen de la combinatoria entre el virus y el doble emergencias tan contundentes como inapelables, la escenificación es la condición que torna decisiva.<sup>11</sup>

OCHO. Es allí donde la clínica de lo social ha desplegado de antemano -como alas indispensables para sostener los vuelos de este armado- dos conceptos (habitualmente mal interpretados si no se les reconoce desde las más indispensables connotaciones precisadas aquí). Se trata de la banda sonora y del paisaje interior.

A partir de allí se apuntala también el alma de lo urbano de la cual derivan todas las humanas resultantes. Así -dado que ello se consolida en franco antagonismo con la singularidad coartada y con lo singular que en consecuencia estalla- no logre por esto el pleno sometimiento de tales emergencias, es ya bastante que a nivel estético incluya al conjunto de las resultantes, sin aspirar a exclusiones malsanas<sup>12</sup>.

---

<sup>9</sup> Otero, J. Ibid.

<sup>10</sup> En efecto: este personaje no es de modo necesario la literal reposición del terrorista, su presencia es más fácil hallarla camuflada y por vías implosivas de refinados artilugios. Ni qué decir que el modelo terrorista -oscilante y siempre diverso- ofrece amalgamas múltiples para las opciones representativas de esta figura.

<sup>11</sup> Cuando se ha incluido el registro del virus desdoblado se ha aludido con ello a una dimensión de general involucencia que recalca en el desencuentro creciente entre lo humano y la Obra, al punto de no existir alternativa de reflejo, de desdoblamiento especular allí (doble global impedido). Lo cual corresponde a reconocer que a nivel de conjunto no existe ni cobertura virtual ni doble envolvente, ni espejos alternativos que propicien -aún siendo de modo compensatorio- unidad posible, universalidad ejercida. Sólo el estallido indiscutible de las formas que dan, a pesar de todo, evidencia de prelación a lo estético sobre cualquier otro registro posible o pensable.

El virus desdoblado contrasta con lo máquico, donde se trata en cambio del ensamble entre la Obra y lo humano (sobre todo, de lo humano trastrocado de modo definitivo en obra).

<sup>12</sup> Freud hizo sus mayores aportes develativos a partir del esfuerzo metodológico que aspiraba a esta ampliación y involucencia explicativas. Lamentablemente, con el ejercicio aplicativo del modelo, y dado su inevitable desgaste, esta condición se ha venido desdibujando de modo significativo y creciente, arriesgándose a desaparecer por una compensatoria ruta, selectiva y valorativa, que aumenta en tanto el aporte teórico (sobre todo después de Lacan) pareciera detenerse, o por lo menos resultar cada vez más insuficiente.

Banda sonora y paisaje interior anteceden en la resultante a la sumatoria ingenua de las cinco vías de lo sensorial, donde se empantanara de entrada la oferta psicológica aristotélica.<sup>13</sup>

Es más, un creciente desnivel impone su reconocimiento desde que mirada y escucha suman desdoblamientos sobre la escueta captación empírico-perceptual. En efecto, la mirada (frente a la visión), la escucha -de modo simultáneo presente, superpuesta sobre la mera audición- dan a esas dos rutas de intercambio con el mundo circundante, el predominio creciente que la resultante de conjunto explota a favor de ese otro desequilibrio, que desde lo externo termina sometiendo a toda interioridad.

NUEVE. Independientemente de que el psiquismo no pareciera incluirla, la banda sonora es la franja que garantiza la constancia de la atmósfera de lo urbano, apuntalada en la base como puro rumor envolvente, a veces sordo, a veces incluyendo variaciones que hacen saltar alternativas sonoras sobre el fondo mismo, o en cambio, desplegando mensajes decisivos, ritmos, musicalidades que delatan hasta dónde el supuesto de la persona redonda y autónoma resulta insostenible y al tiempo inevitable, la banda sonora es la constancia del mundo, actuando de entrada en permanente intercambio con lo interno, y a partir de allí, volviendo de manera inapelable hacia lo externo en mil formas y por diversas vías.

Aún en situaciones oníricas -donde se supone la persona hace pausa y se desconecta de toda exterioridad- la banda sonora ambienta la vida y obliga al reconocimiento del inagotable intercambio con lo exterior.

Como urgencia escenificante que es, como decisiva e infaltable constante estética -en forma más visible a nivel de los sueños- se puede reconocer cómo la banda sonora -interrumpida de modo abrupto por el reposo- impone su inapelable reconstrucción alucinatoria.

DIEZ. De su parte -dando luz a la sombra inaugural- el paisaje interior replica y delata constancias íntimas que a su vez resultan inocultables y persistentes, incluso a un nivel tanto más radical desde que en lo onírico -antes de alterarse, o debilitarse, o minimizarse- el paisaje interior adquiere el máximo despliegue que le es posible.

Sin embargo, el paisaje interior es una modalidad de algo más hondo e integrador que delata cómo entre interior y exterior no existen necesarios abismos inllenables ni demarcaciones inevitables y precisas. Efectos de algo que los trasciende, exterior e interior imponen ambos ser reconocidos como construcciones, como consecuencias siempre, nunca como evidencias indiscutibles, y sobre todo con más facilidad unidos que diferenciados. Asunto -por lo demás- que sólo el énfasis en lo estético justifica.

El mundo como creación estética (superpuesto sobre “eso otro” que a partir de entonces de modo inevitable escapa, desde la suma de todos los paisajes interiores colocados afuera como construcción inaudita y deslumbrante) es plus que multiplica lo inefable y lo enigmático.

Por paradójica razón, cada cual termina acostumbrándose a la asunción habituada y ciega del mundo, y quienes -desde una ilusa contraposición, en una torsión inexplicada- le reconocen como su manejable, subordinado complemento, parecen no saber de la rotación

---

<sup>13</sup> Cf. Aristóteles. “El tratado del Alma” OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1969. y Otero, J. “Anotaciones a propósito de “El Tratado del Alma” de Aristóteles”. Revista de Investigaciones Psicológicas #2-3- U. de Antioquia, Medellín, 1977.

inaudita que así se les impone. Un poco como le acontece a sus propios ojos, en cuanto reciben imágenes invertidas y sin saberse cómo ni por qué terminan siendo rectificadas.

ONCE. El reconocimiento permanente de la alteración de ambos registros (interno y externo) en ese encuentro sostenido con el mundo circundante debiera ser condición de base para armar cualquier propuesta psicológica y clínico-psicológica.

Desde allí, se puede reconocer cómo la persona -camuflaje y urgencia- respira su empírica demarcación, el propio despliegue que le hace modalidad de esa involucencia (siempre más amplia y a menudo imprevisible e imperceptible de tanto como termina siendo constituyente).

Si ese trasfondo visual-sonoro faltara, la persona perdería la certeza de sus más precisos límites. Si la baba del accionar perceptivo no llenara lo incapturable -haciéndolo reconocible y doméstico en la medida de su cancelación- la persona humana se desmoronaría como un helado a la intemperie en un tórrido mediodía.

Es cuando se reconoce la clave integradora que es la escenificación, la cual se pone en acto en uno y otro escenario (vigílico y onírico) desde la diversidad de esos despliegues, también inocultables.

La escenificación reúne -es cierto- los sueños con los más luminosos o extremos acontecimientos exteriores, y cuando -de forma independiente de épocas y geografías- se aborda el conjunto de las posibilidades de lo humano, se encuentra allí la decisiva prioridad de lo estético formalizante (por contundente que pudiera parecer cualquier otro criterio), posterior siempre a la asunción de la escisión onírico-vigílica tan definitoria de la normalidad (en cuanto asumida ésta como sintomática clave, tanto más forclusiva que a nivel del modelo psicótico).

DOCE. Pero no sólo el sueño, también la locura.

Consolidado lo humano como inapelable y escindido, la alucinación es el esfuerzo -fallido, pues de hecho genera la resultante contraria- que aspira a disolver cualquier distancia entre exterior e interior. Es ella la más sorprendente emergencia de lo estético, en su empeño por recuperar un lugar que cada vez se reconoce menos, y aún así -excluyéndole de manera tajante- se recurre a esa modalidad (la alucinación) para desconocer la más verdadera de las estéticas resultantes.

Desde esta asunción, el asunto de lo mórbido es difícil que se dejara reducir a las habituales referencias diagnósticas de la tradicional clínica psicológico-psiquiátrica, y es por eso que el psicótico resulta siendo la más extrema amenaza, desde el enigma que de hecho encarna. Ello está en referencia inapelable con el terror, y si -cuando de esto se trata- el loco sonríe, o a veces parece disfrutar de manera innegable ha de ser porque su demencia no sólo "le hace dar vuelta al guante" es que el guante venía invertido de antemano y él realiza en cambio una doble torsión.

En realidad -y es algo tan sabido como ignorado- el psicótico se aterra más bien con la imagen especular, y es cuando la normalidad -más defensiva- prefiere desconocer cuánta validez y honda sabiduría comporta tal reacción.

En efecto, empezar a saberse, desde esa suplantación máquica que permite el espejo y alegrarse con ello -en cambio de huir aterrado a la manera del psicótico- no resulta ser para nada coherente.

Aún si se aceptara mirar los asuntos más allá de los sujetos, des-personalizando las resultantes, incluyendo evidentes alianzas, reconociendo selecciones y exclusiones -



indispensables para el prioritario despliegue de modelos diversos, tan contundentes y envolventes como resultan serlo- dando prelación a lo social que se auto-reproduce, o a lo urbano que se despliega más allá de toda repulsión, o -a su vez- a lo humano incluyéndoles (tanto a lo social como a lo urbano) y a costa de la ampliación de esa franja que es lo inhumano -y de la cual le resulta imposible desprenderse-. En fin, a pesar de asumirse -incluidas todas esas precondiciones- como la objetiva reacción (normal por excelencia, clave incluso de ingreso en ella) no habría a esos niveles menos forclusión -doble en cambio- que en la irrupción psicótica.<sup>14</sup>

Ahora bien: no por mera retórica, ni por pretenciosos refinamientos conceptuales, lo psicótico -neutro estetizante- se instala allí. De ese modo lo psicótico aspira a distinguirse de las psicosis, asumidas como estructuras envolventes, vistas siempre desde la escueta perspectiva clínica.

TRECE. Cuando se alude al tema del paisaje interior y a la banda sonora, se parte de lo más fundante: el alma como forma (Aristóteles: *estetica pendiente, teoría de la sensación*)<sup>15</sup> donde dos modelos dan a lo psíquico opción de superposición sobre lo sensorial más escueto (mirada sobre el ver, escucha sobre el oír). El resto de sensaciones (tacto, gusto, olfato) no comportan esos desdoblamientos.

A la escucha corresponde la banda sonora, a la mirada el paisaje interior. Ambos modelos son indispensables para sostener la clave definitoria de la atmósfera de lo urbano en la consolidación de los psiquismos.

La mirada es definitoria desde el apuntalamiento del psiquismo temprano (la imagen especular mira, no ve). Allí se reúne la envolvente virtualidad del doble con la cobertura que comporta la mirada. Todo arma desdoblamiento en el modelo máquico-tecnológico, y ha de ser por ello que lo especular sea apenas un modo de esa virtualidad más vasta. A su vez -a partir de la consolidación urbana del paisaje interior- se terminará asumiendo lo existente todo (en referencia con lo cual también el mundo se desdobra y superpone).

La banda sonora surge del enigma del sonido cósmico forluido (Cf. Pitágoras y los pitagóricos)<sup>16</sup> que se reconoce como silencio, y sobre el cual se superpone de modo inadmisibile el despliegue inagotable de rumores, sonidos y musicalidades, envueltos por los cuales desde su nacimiento los seres humanos crecen y se habitúan.

Donde el lenguaje -modo de la banda sonora- se despliega, subtienden sonoridades que esconden el rugido terrorífico a partir de donde -a nivel colectivo- se desarticula toda universal asunción sobre la tierra, toda verdadera localización definida en referencia con la envovencia de un universo al cual -de modo iluso- se cree poder someter partiendo de suplementos culturales.

CATORCE. La nueva oferta psicopatológica de la propuesta clínica de lo social da paso al reconocimiento de modelos de contaminación (virus, doble, y las variaciones progresivas a las cuales da paso su mezcla e intercambio) en oposición con los tradicionales referentes que desde soportes racionales han sido demarcados con tajante claridad por la tradición clínica (neurosis, perversiones, psicosis, normalidad).

---

<sup>14</sup> Con posterioridad, el tema de la normalidad como doble forclusiva se asumirá en forma más detallada.

<sup>15</sup> Cf. Aristóteles. (Ibid).

<sup>16</sup> Cf. Kirk, G. S. y Raven, J. E. "Los filósofos presocráticos". Gredos, Ed. Madrid, 1969.

Se trata de la retoma de lo psicopatológico más actual en versión contrapuesta con las derivaciones contemporáneas a las cuales dio paso la congelada estética aristotélica del alma,<sup>17</sup> y en consecuencia el cuerpo teórico al cual desembocaron a través de la historia las ofertas psicológicas más diversas.

Las contaminaciones señaladas tornan posibles, a partir de la tanto más primordial contraposición entre registros de sombra (virus: concentrados terroristas) y registros de luz (virtualidad del doble: generalizada clave especular, a partir del despliegue de lo tecnológico).

QUINCE. Es en ese sentido que el virus-doble (primera modalidad de esa mezcla contaminada) vendrá a consistir en la invasión viral sobre las modalidades de virtualidad del doble (agonía, indiferencia terrorista, lo inhumano,<sup>18</sup> enfermedades contemporáneas, consumismo envolvente).

A su vez, el doble-virus es lo virtual sometiendo lo viral en el juego de despliegue que de forma principal ilustran los personajes (los cuales subtienden desde una clave onírica y múltiple de ejercitamiento estético), modalidad contrapuesta al esperado ejercicio social de la persona (esta última unificada desde la intencionalidad, la responsabilidad y la conciencia).<sup>19</sup>

A partir de otra versión de mezcla contaminada, aún más recompuesta y renovada, el virus desdoblado habla de la contraposición creciente entre la Obra y sus generadores (envolvencia ideológica desde el imperio del capitalismo), lo cual da paso a su vez al reconocimiento, de la aún más envolvente modalidad que es lo máquico (en cuyos desafortunados extremos crece este registro del virus desdoblado).

El virus desdoblado no sólo impide la unificación de lo humano, comporta su escisión y contrapone a lo humano más basal las modalidades terroristas de lo inhumano, donde la tiranía de la Obra condena a lo humano a la ilusión de su realización utópica.

El virus desdoblado deja, además, sin referente especular ni conceptual a cuanto reduce lo humano a mera matriz estética.

Por todo ello, el armado se consolida desconsolidándose desde ese registro que se apela doble global impedido, que hace de lo humano loco despliegue sin imagen de complemento que le unifique, rectifique y demarque

DIECISEIS. Lo humano entonces, resulta apenas reconocible como inagotable generador de resultantes, de explícitas emergencias, de modo general subordinadas a predeterminaciones externas (que desde sus ciegos despliegues las mantienen asidas como estéticas variantes suyas). Esos modos (de otra manera, desmembrados y dispersos) son de hecho efectos de creciente exclusión fragmentadora, determinada en tanto tal por lo social. A partir de las complementaciones a las cuales soporta y justifica lo urbano -aunque aislados a partir de esa tajante separación que decide eso social y que nunca falta- tales armandos resultan siendo portadores de despliegues arbitrarios e imprevisibles, de

---

<sup>17</sup> Cf. al respecto, Otero, J. Escritos previos (clínica de lo social).

<sup>18</sup> Lo inhumano es la malformación de lo humano, que en su adscripción de suplemento y como selectividad normativa -de una parte- y Obra-Ciudad -de otra- lo social y lo urbano reponen. Como si lo social y lo urbano a ese nivel armaran virus (lo inhumano) frente a lo humano en sí.

<sup>19</sup> La persona es pues resultante máquica donde los modos de lo humano retratan su condición de obra social.

apariencia autónoma. Ellos se ofrecen entonces como oferta de lo inhumano (emergencias terroristas).

Así, para una visión desprevenida, pareciera tratarse del predominio de lo ético-moral antes que de lo estético envolvente (paisaje cósmico, rumor insoportable de su despliegue, desborde matricial de formalizaciones interminables), en realidad lo inhumano termina por retratar las malformaciones que desde la exclusión, lo social impone. Tales incongruentes irrupciones, en realidad prolongan las emergencias de lo humano tergiversado del lado de su inhumanidad de complemento, consolidado como su propio síntoma.

Resulta indiscutible que -no por ello- se renuncia a la puesta en acto de lo estético. En cambio, por eso mismo, lo estético termina confirmándose tanto más: la formalización -de todos modos, evidenciada, perpetuada- lo retrata así de manera indiscutible. Aunque no se debiera olvidar allí la condición sintomática que borra la prelación estética y la suplanta por esas otras versiones tergiversantes y devaluativas que imponen sumar a lo estético una visión clínica de complemento.